

EL RITUAL

Cualquiera diría que se trataba de actos inconscientes, pero ella sabía bien lo que hacía. Por eso antes de acostarse peinó su negra cabellera, se ató el rodete, calzó las medias y el torso negros; podría pensarse que estaba a punto de representar la “Muerte del Cisne”, pero abrió la cama, se acostó y cerró sus ojos. A las cuatro de la madrugada de cada 5 de marzo se despertaba, retiraba la sábana y el cobertor, comenzaba a caminar lentamente, sus pasos la dirigían siempre al mismo lugar: atravesaba el largo pasillo que desembocaba en el salón del espejo roto.

Allí, frente al espejo, se abría a la primera posición y estiraba su espalda con los brazos extendidos hacia arriba, luego iba descendiendo el torso hasta que su pelvis descansaba sobre el piso flotante. Con el pecho tocando las tablas, las puntas de sus pies indicando sentidos opuestos y los dedos de sus manos que suavemente acariciaban el suelo muy por encima de su cabeza. Así permanecía por un rato, una hora tal vez, con la luz apagada y el corazón encendido vibrando al son de otros corazones. Al rato el éxtasis se terminaba, su cuerpo endurecido comenzaba a distenderse, muy suavemente se levantaba del piso, volvía a su cama y se dormía profundo a la espera de que la alarma le anuncie el inicio de la rutina.

Cuando el sol clareaba la mañana y comenzaba un nuevo día de trabajo y estudio, ella era consciente de haber cumplido con el rito marcado en su alma como algo protocolar que no debe omitirse el quinto día de marzo. Pero por más que pensaba, no podía deducir por qué cumplía con ese ritual, sabía que lo hacía aun cuando lo estaba haciendo, pero los movimientos se sucedían de manera automática, uno tras otro, sin quebrantar nunca el orden establecido. Y su pensamiento permanecía en blanco, como si el cuerpo respondiera a las órdenes de otra mente que miraba a través de sus ojos en la oscuridad del departamento vacío de voces.

Al principio no le molestaba el no saber, sólo se limitaba a cumplir con el rito, pero pasados varios años comenzó a ponerse quisquillosa y su espíritu crítico se manifestaba en contra de esas atípicas acciones en su cuerpo de contadora y no de bailarina. Por eso, un buen día, decidió averiguar. Así se enteró que Elisa Mejía fue la anterior propietaria de su departamento. Que fue una destacada bailarina del Colón a finales de la década del sesenta y principio de los setenta. Que dedicó su vida entera a la danza clásica, interpretándola ante multitudes que la adoraban, y enseñándola allí, en el mismísimo departamento. Y con el entusiasmo por descubrir más sobre la vida y obra de Elisa Mejía, una noche, de un 5 de marzo, la verdad se reveló ante sus ojos como en un sueño. Entonces su vida cambió, y el ritual se quedó para siempre.

El 5 de marzo de 1977, Elisa Mejía se levantó a las cuatro y comenzó a realizar sus ejercicios. Así iniciaba todos sus días. Pero ese cinco de marzo, en realidad, sus días terminaron. Caminó lentamente hasta la habitación del espejo, se abrió a la primera posición, estiró los brazos y bajó la espalda derecha hasta que sus palmas tocaron el piso delante de su cabeza, así quedó extasiada por un rato. Repentinamente un estruendo rompió la puerta de entraba y seis pares

de botas comenzaron a caminar por todo el departamento, rompiendo cosas a diestra y siniestra. Pronto, unas manos violentas tomaron el fino cuello de Elisa y estrellaron su cabeza contra el espejo, rompiéndolo. Esas mismas manos que alguna vez le acariciaron el rostro. Su cuello largo y estilizado no soportó la fuerte presión que ejercían las manos despiadadamente, hasta que su débil cuerpo de bailarina sucumbió y desapareció. Pero su ser quedó en ese departamento para seguir el ritual del día que jamás pudo comenzar.